

AGENDA CIUDADANA

LA TERCERA CRISIS

Lorenzo Meyer

El Gran Problema Histórico.- la crisis más profunda del México de fin de siglo es social. Es sobre ella que están montadas las otras dos más visibles: la política y la económica. Sin embargo, la crisis de fondo es la tercera, la social, resultado de un problema histórico siempre presente y nunca resuelto: la enorme distancia y antagonismo entre las clases y grupos que forman el tejido social mexicano. Este problema fundamental de nuestro proceso de construcción nacional ha sido controlado pero nunca solucionado. El viejo tigre de la lucha social fue domado por la dictadura porfirista primero y por las políticas sociales y autoritarias de la Revolución Mexicana después. Sin embargo, la reciente combinación de reforma económica profunda y recesión prolongada, le ha quitado varios barrotes a la jaula del tigre, y en cualquier momento la fiera puede volver a salir; motivos no le faltan. Conviene, pues, reconocer los signos de los tiempos y actuar cuando aún es posible prevenir.

Con frecuencia lo urgente no es igual a lo importante. Y eso es justamente lo que está ocurriendo hoy en el debate público mexicano y con las interminables maniobras políticas a que ha dado lugar. Las élites política y económica --tanto las que están en el poder como sus rivales, las que les disputan el derecho a gobernar y a moldear el proceso productivo-- tienen su atención y energía centradas en las dos crisis que se desarrollan y agitan en la superficie y cuyos efectos les afectan directamente: la

política --que data de hace más de un cuarto de siglo-- y la económica --que empezó a manifestarse hace exactamente veinte años. Sin embargo, ya está en la puerta la tercera crisis: la social. Esta última puede tener efectos más importantes que las otras dos, pero hasta hoy ha sido percibida como menos urgente por quienes manejan los asuntos públicos, pues su solución es muy difícil y aún no afecta directamente los intereses y las formas cotidianas de vida de las élites.

La disputa por el control del poder político y por la dirección de la economía, son los temas urgentes que acaparan la atención de la clase política pues lo que ahí ocurre le afecta de manera inmediata. Así, por ejemplo, se supone que la posibilidad de que el PRI pierda o mantenga su mayoría en el Congreso en 1997, dependerá en muy buena medida de la rapidez con que en estos meses el Producto Bruto Interno (PIB) recobre su capacidad de crecimiento y dé la impresión de volver a generar empleo. Algo muy similar se puede decir sobre la paridad del peso frente al dólar y su relación instantánea con la inflación, la tasa de interés, etcétera. Sin embargo, por importantes que sean estos temas, palidecen frente al tercero: el social.

En el espacio de lo social, los cambios y sus efectos son generalmente muy lentos e impersonales pero también son muy profundos. Tanto su incubación como su solución casi nunca pueden ser rápidas, pero la reversión de sus tendencias e inercias toma años, décadas, generaciones. Por ello, al problema social se enfrentan los estadistas pero no los simples políticos,

desgraciadamente los que abundan son los segundos, no los primeros.

Los Datos.- En un trabajo aún inédito, el profesor Fernando Cortés ha examinado la serie de cifras disponibles sobre la distribución relativa del ingreso monetario en los hogares mexicanos. Esta distribución es, a su vez, uno de los indicadores más certeros para medir la distancia que existe entre las clases y grupos sociales, es decir, para determinar el grado de equidad del arreglo social, de solidaridad nacional.

En México, la elaboración de este indicador social --la distribución del ingreso--, es relativamente reciente, pues su origen data de hace apenas 33 años. Antes, las cifras que, por ejemplo, permitieron a José Iturriaga hacer una radiografía social de México al principiar la época postrevolucionaria (*Estructura social y cultural de México*, Fondo de Cultura, 1951) fueron resultado de instrumentos muy crudos. Con los datos entonces disponibles, Iturriaga proclamó el éxito de la Revolución Mexicana porque había logrado lo que medio siglo antes Don Andrés Molina Enriquez había identificado como una de las grandes carencias de México: la falta de una clase media que se interpusiera entre la inmensa mayoría de pobres y el puñado de extremadamente ricos. El problema de hoy es que justamente esa tendencia histórica supuestamente benéfica se esta revirtiendo.

Lo que el profesor Cortés nos muestra con las propias cifras elaboradas por una agencia oficial (INEGI), confirma lo que ya imaginábamos mediante la simple observación cualitativa de nuestro entorno: que si bien la distancia entre las clases

mexicanas había disminuido un tanto en los años sesenta y setentas --en particular la que había entre la clase media y la clase alta--, a partir de la crisis final del viejo modelo económico y la introducción del nuevo --el del mercado y la globalización neoliberales--, la brecha se volvió a abrir y mucho; si no se toman medidas para revertir la tendencia, ésta va a continuar, pues la lógica del mercado nada tiene que ver con la de la justicia social.

Examinémos la afirmación anterior con más detalle. La primera serie que midió la forma en que el ingreso monetario se repartía entre los hogares mexicanos, data de 1963. La realidad que entonces se encontró fue que mientras el 40% de los más pobres recibían apenas el 10.3% del ingreso monetario, el 10% más afortunado había logrado concentrar el 41.9%. Las cifras de los años siguientes --1968, 1977 y 1984-- nos relatan una historia de disminución relativa de la proporción de la riqueza que fue a parar a las clases altas, un aumento modesto de lo que recibieron los grupos más pobres y una ganancia notable de ese cincuenta por ciento de mexicanos a los que bien podemos llamar nuestra clase media. Esto se ve muy claramente en la gráfica siguiente.

PONER AQUI LA GRAFICA QUE SE ANEXA AL FINAL DEL ARTICULO

La gráfica anterior también nos dice que si para 1963 las clases medias mexicanas recibieron el 47.8% del ingreso

monetario, para 1984 ya habían avanzado hasta lograr el 53.1%. Sin embargo, justo en ese momento, las condiciones que habían permitido un crecimiento más o menos constante de la economía estaban desapareciendo y se estaba instalando una crisis estructural del aparato productivo que llevaría a cambios muy profundos, pero sin lograr recuperar el crecimiento del PIB del 6% anual promedio del pasado inmediato.

La economía que empezó a tomar forma a mediados de los ochenta, la del mercado globalizado, desestatización y privatización, volvió a concentrar el ingreso. Es así que para 1994 --último año para el que hay cifras disponibles--, el 10% de mexicanos más afortunados volvieron a quedarse prácticamente con la misma parte del ingreso que tenían en 1963 --sólo les faltaban siete décimas de punto para llegar al mismo sitio del que partieron. Al 40% de los mexicanos más pobres les sucedió lo mismo, pues en 1994 únicamente lograron retener de la misma magra proporción que tenían en 1963. Obviamente las clases medias también volvieron a donde estaban tres decenios atrás; en proporción, ellas resultaron las grandes perdedoras.

En resumen, la historia que cuentan las cifras es que la muy relativa equidad social ganada en esos veinte años transcurridos bajo los gobiernos de Díaz Ordaz, Echeverría y López Portillo, se perdió bajo las administraciones neoliberales de De la Madrid y Carlos Salinas. Lo que ha ocurrido de 1994 a la fecha no puede ser otra cosa que una continuación de las tendencias ya establecidas, es decir, la polarización, la ampliación de la brecha entre las clases altas y el resto de la sociedad. El

retorno de México al punto de partida en materia de indicadores de distribución del ingreso no es simplemente la vuelta al pasado, pues el entorno político y cultural actual es distinto. La institucionalidad política está hoy mucho más debilitada que la de 1963 y la conciencia del agravio colectivo está a flor de piel. La sociedad mexicana actual se encuentra muy irritada por los fracasos y engaños de sus dirigentes, y por ello se encuentra menos, mucho menos dispuesta a tolerar la espera implícita en la promesa central del neoliberalismo: que el crecimiento económico basado en la nueva productividad, tras concentrar primero el ingreso, empezará a derramar sus beneficios hacia los escalones inferiores de la pirámide social. En realidad, en las sociedades donde se inició la revolución neoliberal --Estados Unidos e Inglaterra-- la inequidad es hoy mayor que ayer; ahí, como en México, el ingreso se sigue concentrando y la equidad posponiéndose.

La Sociedad Crispada.— Por si mismas, la pobreza y la injusta distribución de la riqueza no desembocan en estallido social. Para que ello ocurra, debe haber, además, una conciencia generalizada de la injusticia, de la posibilidad de acabar con ella por medio de la acción colectiva, y finalmente, un liderazgo dispuesto a encabezar el cambio por la vía no institucional.

En México hoy, la conciencia de la injusticia ya es clara. Por ejemplo, en la última encuesta hecha en ocho países latinoamericanos por *Latinobarómetro*, son México y Brasil los países donde existe la conciencia más aguda de la mala distribución de la riqueza; en efecto, el 78% de los encuestados

calificaron esa distribución como injusta o muy injusta. A la pregunta de si la pobreza había aumentado en su país en los últimos cinco años, en México tuvo la respuesta afirmativa más alta: 92%. También el 80% respondió afirmativamente a la pregunta de si se había notado en el mismo período un aumento en la corrupción. En contraste, únicamente el 23% de los mexicanos encuestados --la cifra más baja de los ocho países--, se mostró satisfecho con la forma en que su supuesto sistema "democrático" funcionaba. La magnitud de la enajenación de la sociedad mexicana frente a su sistema político, es preocupante.

De acuerdo con otra encuesta --publicada por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM bajo el título *Los mexicanos de los noventa* (1996)-- el 52% de los mexicanos considera que la función principal del gobierno debería ser justamente la de dar solución a los problemas sociales (p.57). Ningún otro objetivo gubernamental alcanza, ni de lejos, tal consenso entre los mexicanos.

En suma, en nuestro país existe una aguda conciencia de la naturaleza del problema social y una evidente insatisfacción con el desempeño de instituciones y de liderazgos. Una sociedad así agraviada y desmoralizada --y a la que le sobran razones para ello--, no es el mejor campo para la preservación de la estabilidad y menos para la construcción de la confianza en el futuro, elemento indispensable para tener éxito en la economía global. Hay que hacer algo para enfrentar esta tercera crisis antes de que esa crisis haga algo con nosotros.

